



Homilía de 29 de marzo 2020

Vº Domingo en Cuaresma

Rev. J. David Carter, JCL

El salmo de hoy es el "*De Profundis*", "Desde el abismo" que la Iglesia usa a menudo cuando alguien ha muerto. Es un grito del corazón debido a una pérdida profunda. Es un clamor de los pobres al Señor. Ante la muerte, que nos hace a todos iguales, ricos y pobres por igual, solo hay Uno en quien podemos confiar. Ese es el Señor nuestro Dios. "Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra; mi alma aguarda al Señor, mucho más que la aurora el Centinela."

El Señor escucha el clamor de los pobres. Cuando nos enfrentamos con la realidad y la inevitabilidad de la muerte, si confiamos en Jesús, no nos decepcionaremos. Esto es lo que San Pablo nos recuerda en su carta a los romanos cuando dice: Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. En cambio, si Cristo vive en ustedes, aunque su cuerpo siga sujeto a la muerte a causa del pecado, su espíritu vive a causa de la actividad salvadora de Dios. Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes."

Esta fe en el poder de la resurrección que es nuestra esperanza, es el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: "Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos." Esta esperanza también se nos manifiesta en la historia de Lázaro.

Esta es una historia que involucra mucha compasión y emoción humana y es muy conmovedora para nuestro tiempo en esta pandemia actual. La compasión de Jesús nos ayuda a aprender cómo reaccionar ante esta crisis actual. Sigamos la historia con los ojos y oídos de la fe. Encontremos al Señor mientras nos consuela en un momento de prueba y angustia. Jesús escucha que su amigo Lázaro está enfermo. "Señor, el amigo a quien tanto quieres está enfermo". Jesús inmediatamente expresa una palabra de esperanza: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella."

El Evangelio se esfuerza por enfatizar el amor de Jesús por esta familia: "Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro." Esto se hace porque inmediatamente después escuchamos la extraña acción de Jesús. Normalmente responderíamos a las noticias de la enfermedad de nuestro amigo apresurándonos a conocerlo y ayudarlo. Pero en el Evangelio leemos: "Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se detuvo dos días más en el lugar en que se hallaba." Esto podría hacernos dudar de su verdadero amor por él. Pero nuestra fe y confianza en Jesús nos lleva a abrir un lugar de esperanza para que se revele algo aún mayor que la muerte: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Esta fe y confianza en el amor de Jesús por cada uno de nosotros nos permite también tener esperanza en esta crisis actual de pandemia. Nosotros lo cuestionamos. ¿Por qué se demora el Señor? ¿Por qué debemos permanecer aislados y distantes el uno del otro? ¿Por qué no podemos venir a la Iglesia el domingo y celebrar la misa y recibir la Eucaristía? Señor, tus amigos te están llamando desde el abismo para que nos ayudes. ¿Por qué te demoras? Y el espíritu habla a nuestros corazones, "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella."

Marta corrió a encontrarse con Jesús mientras se acercaba. Marta había aprendido a buscar el rostro de Jesús después de que él la amonestara por estar ocupada con las cosas mundanas. Solo hay una cosa que importa, sentarse a los pies de Jesús y mirarlo. Ella expresa ahora su fe en Jesús incluso ante la muerte. "Estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas." ¿Oramos con ese tipo de fe? Jesús luego declara la verdad sobre quién es él, "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Ella le contestó: "Sí, Señor. Creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo." Expresamos esta misma profesión de fe cada vez que rezamos el Credo.



¿Nos cambia a nosotros? ¿Permitimos que la esperanza crezca en nuestros corazones? ¿Nos trae paz y nos permite reaccionar de manera diferente a las inseguridades y la fragilidad de este mundo?

Observe cómo María reaccionó al llamado de Jesús: “Ya vino el Maestro y te llama”. Al oír esto, María se levantó en el acto y salió hacia donde estaba Jesús.” Esta es la actitud de obediencia en la oración. Cuando el Señor llama, nos levantamos de inmediato para orar y vamos al interior de nuestros corazones donde está Jesús. Allí ella lloró con Jesús y Jesús lloró con ella. ¿Entramos en el interior de nuestros corazones, arrojándonos a los pies de Jesús y derramando nuestros problemas y preocupaciones ante Él? Esta es la oración verdadera y Jesús se conmueve por ella. Él llora con nosotros en nuestra tristeza. “Jesús, al verla llorar y al ver llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió hasta lo más hondo . . . [y] Jesús se puso a llorar y los judíos comentaban: “De veras ¡cuánto lo amaba!”

Pero luego vinieron las palabras de duda. Algunos decían: “¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?” Estos son los que piensan en términos mundanos y realmente no creen en el amor de Jesús por Lázaro, por ellos, por cada uno de nosotros. Todavía están pensando en qué beneficio mundano puede dar para hacer la vida más cómoda. Pero Jesús tiene planes más grandes y mejores en mente, “Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”. ¿Dudo del amor de Jesús por mí cuando veo que él hace milagros para los demás y no hace lo mismo por mí? ¿Mi amor por Él depende únicamente de los milagros y maravillas que Él hace o necesito para purificar mi amor por Él?

Movido por la compasión, Jesús ordenó que la piedra fuera movida de la tumba: “Quiten la losa”. Pero Marta, la hermana del que había muerto, le replicó: “Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días”. ¿Con qué frecuencia nos oponemos a los mandamientos del Señor? ¿Con qué frecuencia tratamos de evitar que vaya al lugar exacto de nuestro dolor? ¿Con qué frecuencia inventamos excusas para evitar que Jesús encuentre incluso las partes más desordenadas de nuestras vidas? Pero Jesús responde con una invitación de fe y confianza en Él: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” Él nos pide lo mismo cuando se para a la puerta de nuestros corazones y toca. Quitá la roca para que pueda entrar.

Jesús oró mirando al cielo. Debemos imitarlo. Deje que nuestros ojos y nuestros corazones se eleven al cielo durante esta pandemia. Clamemos con voz fuerte desde el abismo que la muerte y nuestra desesperación podrían ser expulsadas. Oremos para que el Señor afloje la ropa funeraria que une nuestras manos y pies en nuestra duda, dolor y tristeza.

Mis amigos, el Señor Jesucristo los ama. Quite la piedra que le impide entrar y regocijémonos en la Esperanza de la Resurrección que se nos promete a todos los que creemos. Deja que esta presente situación servirá para la gloria de Dios, para el Hijo de Dios sea glorificado por ella.